

y por la mañana del día 3 trabajaron para promover una sublevación armada de los obreros del arrabal de San Antonio. Para animarlos pusieron con sus fajas de diputados frente a las tropas; pero estas no se dejaron imponer por el distintivo de inviolabilidad é hicieron una descarga, que causó la muerte del diputado Baudin. Magnan retiró sus tropas para no diseminarlas y fatigarlas con exceso, retirada que aprovecharon los revolucionarios para levantar por la noche nuevas barricadas, si bien su causa estaba perdida porque se hallaban rodeados, sin jefes, reducidos á un espacio limitado y divididos en muchos grupos aislados. El día 4 avanzaron las tropas desde todos los puntos, sucediendo que en el boulevard Poissonière hicieron fuego durante un cuarto de hora unas secciones contra otras, sin que los oficiales pudiesen hacerles entender la razón. Aquel día tuvo la tropa veintiseis muertos y 184 heridos, y los insurgentes respectivamente 175 y 115.

Al día siguiente fué retirada la tropa y ocupó su puesto la policía, que hizo innumerables prisiones en todas las clases, arbitrariamente y por los motivos mas ténues. Los presos fueron encerrados sin distincion juntamente con criminales y vagabundos en las húmedas casamatas de los fuertes de Ivry y Bicêtre. Thiers, Bedeau, Changarnier, Lamoricière, Leflo, Duvergier, Creton, Baze, Chambolle, Remusat y Lestreynie fueron temporalmente desterrados.

Se nombró por el gobierno una *comision consultiva* de doscientos individuos, personas distinguidas, muchas de las cuales protestaron contra su nombramiento; pero se prohibió á los periódicos insertar estas protestas, porque la comision, que solo se reunió una vez para contar los votos del plebiscito, solo tenia por objeto hacer creer al público que las personas que la componian estaban al lado del gobierno y conformes con lo sucedido, á fin de que no se viera la soledad en que se hallaban Napoleon y los suyos. Cuando ya no era cuestionable la victoria, fué otra cosa; no faltaron candidatos para hacer fortuna por este camino.

La victoria material de los conspiradores del 2 de diciembre fué completa; pero la opinion pública se apartó con asco de los medios con que se habia alcanzado, y por lo pronto fué muy de temer que los electores protestasen con sus votos contra semejante brutal atropello. Si el violador perjuró de la constitucion llegó á ser el salvador de la sociedad en peligro, lo debió á las insurrecciones en las provincias y á los socialistas de Paris, que aceleraron la revolucion que no debió estallar hasta mayo, y para la cual tuvieron á la sazón el pretexto de defender la constitucion. Solo 49 departamentos se mantuvieron pacíficos; en cinco hubo algunos desórdenes locales y cortos; en diez y seis hubo sublevaciones, y en doce prevaleció la insurreccion en una ó mas ciudades mas ó menos tiempo, pero sin éxito, porque las autoridades estaban preparadas para todas las contingencias y las sociedades secretas no; y por otra parte, los insurrectos cometieron tantas atrocidades que hasta los mismos amigos de los presos se indignaron y se pasaron con la poblacion neutral al partido del presidente. La nacion colocada entre el socialismo y el César, se decidió por este, porque de dos males era el menor (1) y no habia otra alternativa.

El 31 de diciembre pasó la comision consultiva, presidida por Baroche, al palacio del presidente para presentarle el resultado del plebiscito, verificado en los dias 20 y 21 del mismo mes de diciembre. De los ocho millones ciento diez y seis mil setecientos setenta y tres votos depositados en las urnas, siete millones cuatrocientos treinta y nueve mil dos-

cientos diez y seis eran afirmativos y seiscientos cuarenta mil setecientos treinta y siete negativos. El arzobispo de Paris, á la cabeza de su clero, presentóse tambien para felicitar al príncipe, asegurándole que todos suplicarian fervientemente á Dios que saliera bien de la elevada mision que se le habia confiado.

La Nemesis inexorable de la historia habia cumplido su mision. La Francia con sus propios pecados habia hecho posible que un puñado de perdidos, sin familia, sin fe y sin conciencia se erigiesen en salvadores de la sociedad y en protectores de la religion. Tan poco habia aprendido la nacion francesa en treinta años de vida constitucional, que la segunda revolucion acabó como la primera, en despotismo; pero este despotismo causó en el fondo del alma del pueblo francés, que lo habia buscado con sus propias faltas, una repugnancia moral instintiva que no pudieron borrar jamás completamente los fastos mas brillantes del segundo imperio.

Metternich sacó de estos sucesos la conviccion de que la forma de gobierno de Francia era la *monárquica intermitente*.

CAPITULO III

CONCLUSION

Impetuosa por cierto habia sido la arremetida de la revolucion en el año 1848, y no obstante en los tres años siguientes quedó vencida en toda la Europa, y el camino que habia abierto al pueblo alemán para conquistar su unidad se torció gradualmente hasta que, completamente desfigurado, pasó por debajo del arco triunfal de la reaccion y del particularismo íntimamente fusionados. Despues de esta primera participacion de los alemanes en la vida política les acometió súbitamente el hastío, despues del cansancio, y finalmente recayeron en su secular indiferencia. Los príncipes y los hombres de Estado se avergonzaron de haber tenido simpatías por la unidad alemana, y los contados partidarios de esta que quedaron enmudecieron. Habia sucedido lo que el consorte de la reina de Inglaterra habia predicho mucho antes, á saber, que el único lazo que al fin y al cabo quedaria en Alemania seria el tradicional que une á los súbditos con las dinastías legítimas de los respectivos territorios. El mentor de este príncipe, el práctico Stockmar, se convenció de que los patriotas alemanes tendrian que contentarse por lo pronto con una union de la Alemania del Norte bajo la égida de la Prusia; de que por la via pacífica la Alemania nunca se regeneraria, y de que ya nada habia que esperar de Federico Guillermo IV para el bien de Alemania (1).

Casi en todos los Estados alemanes los gobiernos borrarón las últimas huellas de la revolucion. El golpe de Estado del 3 de junio de 1850 reinstaló en lugar del parlamento la representacion de los antiguos brazos. En Meklemburgo fué anulada la constitucion jurada por el gran duque y restablecido el régimen feudal en toda su dureza en virtud de un fallo de tribunal en 11 de setiembre de 1850; en Hanover la nobleza recobró sus antiguos derechos bajo el reinado de Jorge V, sucesor ciego del rey Ernesto Augusto, en 18 de noviembre de 1851, y en Wurtemberg fué restablecida la constitucion anterior.

En Prusia no fueron los ministros del gabinete absolutista Brandeburgo-Manteuffel los que patrocinaron la reaccion ciega, sino que fueron la camarilla, la nobleza, la oficialidad del ejército, el clero ortodoxo protestante, todos los absolutistas rabiosos, en una palabra, que alentaban al rey en sus

(1) Pierre, tomo II, pág. 711.

(1) Véanse sus Memorias, pág. 41.

ideales anticuados. Aquel ministerio, aunque nada liberal, habia puesto en boca del rey el primer discurso del trono constitucional con que este habia abierto las cámaras en 26 de febrero de 1849, y habia abolido la jurisdiccion de los nobles en sus tierras patrimoniales y los fueros judiciales; habia introducido además el jurado y elaborado un proyecto de administracion local, de distrito y provincial. En cambio era obra de la camarilla feudal la ley electoral del 30 de mayo de 1849, que dividia los electores en tres clases segun la contribucion que pagaban, lo cual hizo abstenerse de las elecciones al partido democrático y hasta á una gran parte del constitucional. Esto dió la mayoría en las nuevas cámaras á la derecha, que efectuó á su manera la revision de la constitucion otorgada que estaba encomendada al nuevo parlamento, es decir, en sentido reaccionario, para ahorrar al rey, segun expresion de Stahl, el mas inteligente y mas hábil de los reaccionarios prusianos de entonces, el trabajo desagradable de enmendarla de su propia autoridad. El reducido grupo de los constitucionales luchó con valor pero inútilmente, porque cuando despues de cuatro meses de constantes esfuerzos sus individuos pasaron revista á lo poco que habian conseguido sacar incólume de los debates y ataques de los reaccionarios, vino á sorprenderles un mensaje real proponiendo otras nuevas enmiendas en quince artículos, una de las cuales era la trasformacion de la cámara alta, de electiva en hereditaria y en parte vitalicia. Hecho todo á gusto del gobierno, fué proclamada la nueva constitucion en 30 de enero como ley fundamental del reino, y jurada como tal en 6 de febrero por el rey, el cual expresó la esperanza «de que los parlamentos venideros conseguirian borrar completamente el sello profundo de su origen, de que aun conservaba restos, y adaptarla así mas á las condiciones vitales de la Prusia.» Si la reaccion trabajó para impedir que el rey jurara la constitucion desfigurada, mas trabajó en el interior y desde fuera para derribarla despues; pero como no habia logrado lo primero tampoco logró lo segundo, Federico Guillermo IV resistió á todas las insinuaciones que le hicieron para que cometiese esta felonía, y la causa constitucional quedó ganada, á lo menos en el nombre, ya que no de hecho. El ministro Manteuffel, cuando volvió á saludar á las cámaras en 3 de enero de 1851, dijo: «Hemos llegado á un nuevo período en nuestra política en el cual rompemos completamente con la revolucion.» Una mayoría de seis votos aprobó la política extranjera del ministerio, y los feudales con todos los demás reaccionarios se pusieron al servicio del gobierno para ir cercenando la constitucion hasta no dejar de ella mas que el mero nombre; pero á pesar de esto, tuvo razon Beckerath cuando escribió á raíz del acto del juramento del rey: «Ya se acabó el poder absoluto del trono, porque este ha reconocido por juramento solemne la limitacion de su poder dentro de una legalidad determinada y fija, y por lo mismo ha reconocido los derechos del pueblo limitando los del absolutismo; de suerte que el porvenir de nuestra patria queda asegurado, si es que los juramentos se respetan todavía aquí bajo, y si el pueblo entra en el camino que se le abre con union, perseverancia y templanza.»

Un ejemplo del odio feroz que los feudales profesaban á todo lo que no era reaccionario, y de los atropellos escandalosos que cometieron, es la causa criminal que se formó al diputado liberal Waldeck, magistrado del tribunal superior de Berlin, liberal rigorista, hombre de intachable integridad y uno de los mas populares de la capital y mas influyentes en su país, la Westfalia, donde se le llamaba «el rey de los labradores.» Aquella causa resultó ser tan solo una serie de delaciones inicuas y rastreras, y acabó con la absolucion completa del acusado.

La constitucion otorgada á los austriacos por el emperador no vivió tanto como la otorgada por el rey de Prusia. El conde Stadion, el único hombre que tenia el talento, la autoridad, la voluntad y la energía de fundar y sostener un sistema administrativo racional cuando no la constitucion, á despecho de la oposicion de los cortesanos, del alto clero y de la oficialidad del ejército, murió de exceso de trabajo mental en 17 de mayo de 1849, y su sucesor Bach, hasta entonces ministro de Justicia, demócrata al principio de su vida pública pero maestro en el arte de adaptarse á todas las formas de gobierno, no tenia mas ideal político que formar un imperio austriaco unificado bajo la forma monárquica autocrática. Tan absolutista era que Schmerling, su sucesor en el ministerio de Justicia, y Bruck, el ministro de Comercio, no pudieron armonizar con él y dimitieron. De la ley comu-



Waldeck.—Copia de un retrato litográfico hecho por Eichens

nal de Stadion solo quedó la amortizacion de las cargas feudales inherentes á las propiedades inmuebles. El único uso que hizo de la constitucion del 4 de marzo fué la supresion de los fueros y la nivelacion de Hungría con los demás territorios de la monarquía austriaca; la desmembracion de la Croacia, Esclavonia y Transilvania, que fueron separadas de la monarquía húngara, y su trasformacion en provincias dependientes directamente del gobierno de Viena. Las provincias italianas continuaron bajo la administracion militar sencilla y expeditiva de Radetzky. Realizado el desmembramiento de la monarquía húngara y su reduccion á provincia administrativa, el gobierno no volvió á acordarse de la constitucion; el parlamento fué sustituido sencillamente por un consejo imperial presidido por Kübeck, se declaró abolida la responsabilidad de los ministros de la corona, y en 31 de diciembre de 1851 la constitucion misma, incluso los derechos fundamentales y la institucion del jurado; y cuando en 5 de abril siguiente murió súbitamente el príncipe de Schwarzenberg, no habia mas partidos en Austria que el de la administracion civil y el del ejército.

En Alemania llevaba el Austria otra vez la direccion suprema de la política; nadie se le oponia, y teniendo la mayoría de votos en la dieta, hizo ilusoria y puramente teórica la igualdad autoritaria de la Prusia. La restauracion del estado anterior á la revolucion habria sido completa á no ser por el cambio de dos factores, la Prusia, que se habia transformado, siquiera nominalmente, en Estado constitucional, y la con-

vicción que había ganado terreno de que «no había salvación para la Alemania como colectividad sin la Prusia, ni para esta sin el apoyo de la Alemania;» convicción que no pudieron quebrantar los errores y faltas del rey de Prusia, porque estaba fundada en los intereses materiales de todos, y que había puesto y mantenía sobre el tapete la cuestión de la segregación del Austria de la confederación alemana (1).

Lo único que el gobierno de Prusia defendió con perseverancia y buen éxito, fué su unión aduanera, contra la cual dirigió también sus ataques el gabinete de Viena, no por motivos económicos sino por causas políticas, porque no quería ni uniones ni pactos parciales económicos entre Estados alemanes. La corriente política favorable á la entrada de toda la monarquía austriaca en la confederación germánica, favoreció á la corte de Viena también en el terreno económico, porque á este partido pertenecieron en su mayoría los peritos que los gobiernos y centros industriales y mercantiles habían enviado á Francfort, á invitación de la comisión económica de la dieta, en el verano de 1848 para examinar la unidad aduanera de Alemania. Solo que los debates que sobre esto hubo sirvieron para evidenciar los obstáculos invencibles que se oponían á la admisión del Austria en la confederación aduanera.

El gobierno de Viena allanó un obstáculo económico aboliendo la separación aduanera entre la Hungría y las demás provincias de la monarquía en 1.º de octubre de 1849 é introduciendo el nuevo arancel del 6 de noviembre de 1851, que formaba la transición del sistema antiguo prohibitivo al proteccionista. Esto y una memoria del ministro de Comercio Bruck, de 30 de diciembre de 1849, en la cual propuso un tratado de comercio con el Zollverein de la Prusia, tendía á hacer posible la unión general, paso á paso, por medio de modificaciones sucesivas, y á transformar así la unión aduanera de la Prusia y de sus asociados en una unión aduanera dirigida por el Austria. Esta unión comprendería 70 millones de habitantes, y la unión postal entre el Austria y la Alemania, de 5 de mayo de 1850, vino á ser el primer paso para la gran unión aduanera. El gabinete de Berlín vio adónde iban dirigidas estas maniobras, pero tímido y cauteloso como era, quiso dar largas al asunto tratando directamente con el gobierno imperial, que á su vez esquivó el compromiso diciendo que estas cosas debían discutirse en la conferencia aduanera reunida entonces en Cassel. Pero allí la Prusia se abstuvo de hablar de las proposiciones austriacas, proponiendo en cambio algunas modificaciones de tarifa en beneficio de los Estados del Mediodía de Alemania para animarlos á permanecer en la unión fundada por la Prusia. El gobierno de Brunswick se opuso á estas concesiones con tesón, y respecto de los ofrecimientos austriacos, se convino en que los estados limítrofes de esta potencia, la Prusia, la Baviera y la Sajonia, se encargarían de las negociaciones. El 3 de noviembre disolvióse la conferencia. También en las conferencias políticas de Dresde el gobierno prusiano esquivó las pretensiones del gabinete de Viena respecto de una gran

(1) Arndt, el patriota alemán, en una carta dirigida al conde de Schwerin en 15 de enero de 1852 consideraba la situación de Alemania y del pueblo alemán como sigue: «Casi tendríamos que entregarnos á la desesperación si al través de la confusión de este último medio siglo, y entre las miserias actuales, no se viera de cuando en cuando algún vislumbre de esperanza fugaz, y si no tuviésemos que confesar, en los momentos de reflexión tranquila, que en los últimos años hemos progresado en muchos conceptos, y que la piel gruesa, callosa é insensible, ha principiado por vez primera después de largos siglos á dejarse penetrar por algo semejante al sentimiento de la colectividad. Solo Dios sabe si, para hacerla empapar un poco más, serán menester nuevas tandas de palos que ablandan la piel, las callosidades y las durezas que han dejado los palos anteriores.» Véase *Preussische Jahrbücher*, 34, 619.

unión aduanera federal, pero en la nueva conferencia aduanera de Wiesbaden, en junio de 1851, los gobiernos de Baviera, Wurtemberg, Sajonia, Hesse Darmstadt, Hesse-Cassel y otros se declararon en favor de las proposiciones del Austria, que consistían en un tratado de comercio con la obligación mútua de no introducir modificaciones en los respectivos aranceles sin consentimiento de todos los asociados, y después, en 1.º de enero de 1859 se aprobó la entrada definitiva del Austria en la unión aduanera. El gobierno de Prusia se vió de golpe colocado en la cruel alternativa de dejar escapar de sus manos la dirección del Zollverein prusiano, tan trabajosamente organizado, ó de verlo disuelto del todo si no admitía al Austria, en cuyo caso perdía las comunicaciones al través del Hesse Electoral entre las dos mitades de la monarquía. Para salir del apuro ocurrióse entablar negociaciones con el gobierno de Hanover, y la suerte le fué esta vez propicia.

Las negociaciones se hicieron tan secretamente que nada transpiró hasta quedar terminadas á satisfacción de ambos gobiernos. El de Prusia dió una notable ventaja al de Hanover respecto del consumo de géneros ultramarinos, amén de que con la unión aduanera con la Prusia ganaban considerablemente los ferro-carriles hanoverianos. El convenio fué firmado el 7 de setiembre, y la unión aduanera particular entre ambos reinos debía empezar á regir el 1.º de enero de 1854. Al anunciar el gobierno prusiano este convenio á sus asociados de la unión existente, les comunicó que solo renovaría los convenios aduaneros hechos con ellos, y que caducaban al fin del año 1853, á condición de que admitiesen el convenio celebrado con el rey de Hanover. El furor de estos Estados fué indescriptible; si se iban con el Austria, perdían los pingües ingresos que la unión aduanera con la Prusia proporcionaba á sus arcas, además de que asociados al Austria se exponían al contagio del eterno desgobierno de la Hacienda de este imperio. Grandes fueron las idas y venidas de consejeros entre Viena, Dresde, Munich y Stuttgart; pero á todas estas consultas y negociaciones contestó la Prusia, en 15 de noviembre, denunciando sus convenios aduaneros con todos los estados amigos del Austria, los cuales al poco tiempo regresaron humildes solicitando su admisión en la unión aduanera prusiana. Con esto se salvaron, no obstante, todas las derrotas, humillaciones y errores de la Prusia, su hegemonía futura sobre la Alemania y la independencia de la nación alemana en un porvenir más ó menos próximo.

Como las anteriores conmociones políticas, la de 1848 fué seguida también de un recrudescimiento de las pasiones religiosas. En la iglesia protestante venció con la reacción de los gobiernos la ortodoxia, que se ensañó contra los liberales lo mismo que contra todas las demás tendencias que discrepaban de la suya, y degeneró en la más cruda intolerancia y tiranía, sobre todo en Prusia. Allí el gobierno suspendió indefinidamente todos los trabajos hechos para organizar sínodos y sustituyó la sección dedicada á los asuntos de la iglesia evangélica, con pretensiones á iglesia del Estado, por un consejo superior eclesiástico, que en nombre del rey, como jefe de esta iglesia, la gobernó despóticamente.

No sucedió así á la iglesia católica, que sacó del movimiento general y después de la derrota de los partidos liberales, grandísimas ventajas y mayor independencia respecto del poder civil que nunca. En Francia era bastante sagaz Napoleón para conocer lo que debía al clero, y en Alemania los directores de la iglesia católica, más unida y vigorizada que nunca desde la paz de Westfalia, supieron interesarse como partido compacto en las complicaciones políticas, y

amparándose de la palabra de moda, libertad, arrancar notabilísimas concesiones á favor de su independencia del poder civil, blanco constante de su ambición y de todos sus esfuerzos. Tampoco omitieron nada para recomendarse á los reyes como el auxiliar más poderoso contra las revoluciones. Uno de los errores más graves del liberalismo fué el de conceder á la iglesia católica, con el pretexto de la libertad de cultos, la completa independencia respecto del poder civil.

Los derechos fundamentales del hombre fijados en la constitución alemana elaborada por el parlamento de Francfort, dejaban á cada religión su administración y gobierno interiores, y el mismo parlamento abandonó hasta la primitiva resolución de prohibir en Alemania la Compañía de Jesús. Mas que todos aprovechó la iglesia católica la libertad de reunión y asociación. Ya en abril de 1848 fundaron los ultramontanos de Maguncia la sociedad de Pio IX, que se extendió rápidamente por toda la Alemania católica; y aunque por sus estatutos no podía ocuparse corporativamente en asuntos de política, hizo valer toda su influencia en los votos de sus asociados. En 1849 fué fundada otra sociedad análoga, la de San Vicente de Paul, que fué muy pronto el foco principal de propaganda católica, y la sociedad de San Bonifacio, para sostener en su fe á los católicos diseminados entre poblaciones protestantes.

La sociedad de Pio IX, que dependía directamente del papa, se hizo en poco tiempo temible á los mismos obispos. Estos, á excitación del arzobispo de Colonia, se reunieron en Würzburgo y determinaron trabajar para hacer extensivas á la Iglesia hasta donde fuese posible las concesiones que en aquel tiempo prometían los soberanos alemanes á sus pueblos; y en este punto se adelantó el rey á todos sus deseos, porque entregó al clero católico la enseñanza, dió al derecho canónico la preferencia sobre el civil en los casos de competencia, permitió que el clero jurase la constitución con las reservas prescritas por los obispos, sin contar las ventajas que concedía la constitución y que la iglesia católica en Prusia se aplicó al instante (1). Desde entonces empezaron los jesuitas á esparcirse por toda la Alemania del Norte.

Á invitación del gobierno imperial reuniéronse también los obispos austriacos en 30 de abril de 1849 en Viena para determinar las relaciones entre la iglesia católica y el Estado sobre la base de la constitución. Con fecha 17 de junio publicaron los obispos una pastoral en la cual, con gran satisfacción del gobierno, condenaron la impía libertad política y las pretensiones de nacionalidad de los pueblos, que decían era un resto del gentilismo, atendido que «la multiplicidad de idiomas era solo una consecuencia de los pecados de los hombres que se habían apartado de Dios.» El gobierno, reconocido, renunció sin dificultad en favor de la Iglesia al derecho de la corona de confirmar el nombramiento de los prelados; le dejó libre la correspondencia con Roma; reconoció la jurisdicción eclesiástica hasta en el matrimonio sin intervención de los tribunales civiles; le concedió la administra-

(1) Véanse los artículos correspondientes de aquella constitución: Art.º 15. La iglesia evangélica y la católica, y lo mismo las demás comunidades religiosas, se gobiernan y administran con toda independencia; conservan la propiedad de los fondos, fundaciones y establecimientos destinados á su culto y á sus institutos de enseñanza y beneficencia.

Art.º 16. Es libre la comunicación entre las comunidades religiosas y sus superiores. La publicación de disposiciones eclesiásticas no está sujeta á más limitaciones que las que afectan á toda otra publicación.

Art.º 18. Queda abolido el derecho de patronato de proponer, nombrar, elegir y confirmar los nombramientos de las personas destinadas á ocupar puestos eclesiásticos, en la parte que corresponde al Estado y cuando no se trate de otros patronatos y derechos particulares.

ción independiente de sus fondos, teniendo que dar solamente cuenta de ellos á los obispos; le confió la dirección exclusiva de la enseñanza y le dió la libertad de fundar seminarios para la carrera eclesiástica. Todas las trabas puestas á la Iglesia por el emperador José II quedaron suprimidas. Este fué el fin de la revolución en materia religiosa.

La iglesia católica obtuvo también, si no todas, la mayor parte de estas concesiones en los demás Estados del Mediodía y Sudeste de Alemania.

Para la iglesia católica fué trascendental que el papa Pio IX, adversario de la Compañía de Jesús, se convenciera durante su estancia en Gaeta de que esta sociedad era la salvadora de la iglesia y de toda la sociedad; y desde entonces fué dirigido él y lo fué también la iglesia católica por los jesuitas.

También fué afortunado el papado en Inglaterra, donde mas que nunca se manifestó en la iglesia anglicana una fuerte tendencia catolizante que tenía su foco en la universidad de Oxford. El catedrático Newman se hizo católico, y su colega Pusey fundó una secta anglicana que casi en nada se distingue de la religión católica, y adopta hasta la doctrina de la infalibilidad, si no del papa, de la Iglesia, la confesión oral y el fastuoso ritual católico.

La rápida propagación del puseísmo y las muchas conversiones al catolicismo en las filas de la alta aristocracia y en el mismo alto clero, eran elocuente prueba de la creciente parálisis interior de la iglesia anglicana. El papa, animado con el aumento de su grey, dió un gran paso restableciendo en las Islas Británicas doce obispados en su bula del 29 de setiembre de 1850, dependientes de un arzobispo de Westminster, cuya dignidad fué conferida á Wiseman, recientemente elevado al cardenalato. Así se vengó de la Inglaterra por el apoyo que había dado á la revolución de Italia. El sentimiento nacional y protestante se indignó, y el primer ministro J. Russell, algún día el adalid más fogoso de la emancipación de los católicos, presentó al parlamento una ley que fué votada, contra el uso de títulos eclesiásticos no reconocidos por el Estado; pero Roma había escogido bien la época, sus adversarios eran muchos pero estaban desunidos; la corriente general era favorable á la libertad de la Iglesia y quitó á la nueva ley toda su fuerza en la práctica.

En cambio la revolución de Febrero tuvo poco influjo en el estado político de Inglaterra. Al principio dió un gran empuje al cartismo, porque á ello contribuyeron también en gran parte malas cosechas y la paralización del trabajo. O'Connor quiso organizar una manifestación monstruo presentando al parlamento una petición con 5.700.000 firmas; pero ante una avalancha de peticionarios tan aterradora se pusieron 170.000 ciudadanos á disposición del gobierno en calidad de guardias municipales interinos para mantener el orden, sin contar la policía usual; y al fin solo se reunieron 1.975.469 firmas, y muchas de ellas resultaron falsas; de suerte que el espanto se cambió en risa. O'Connor se volvió loco y murió en una casa de orates. O'Brien quiso llevar la agitación á Irlanda, y marchó á París para buscar allí el auxilio de los republicanos franceses; pero cuando regresó y ocupó su puesto en la cámara fué recibido como Catilina en el senado después de las revelaciones hechas por Cicerón. Su empresa abortó y la mayor parte de los jefes emigraron de grado ó por fuerza.

La clase obrera se fué reconciliando con la sociedad á medida que se aumentó el bienestar general y que vió abierto un nuevo porvenir en las asociaciones cooperativas; y la nación inglesa pudo sin temor anular el último de los grandes monopolios: la ley de navegación del 1.º de enero de 1850,

invalidada ya particularmente por diferentes tratados de reciprocidad, en la confianza, justificada por los resultados ya obtenidos, de que el genio de empresa, la industria y el arrojo del pueblo inglés le aseguran la parte que le corresponde en el comercio universal y mantendrán su antigua fama en los mares.

En 7 de julio de 1850 murió Peel de una caída de caballo. Palmerston había salido del ministerio antes de la derrota final de la revolución en el continente, porque terco como era, no quiso subordinarse á la corona ni escuchar las opiniones de sus compañeros, y acabó de perder la confianza de la reina y la simpatía de sus colegas con el reconocimiento, á pesar de la resolución expresa del consejo de ministros, del golpe de Estado de Luis Napoleón, medida por lo demás acertadísima. Su salida del ministerio, que fué la consecuencia de esta arbitrariedad y terquedad, causó inmenso júbilo en las filas de la reacción europea.

El esposo de la reina Victoria coronó sus constantes esfuerzos en pro de todos los progresos de la humanidad con la idea de una exposición universal, que efectivamente se realizó. El 1.º de mayo de 1851 fué abierta solemnemente

en un magnífico palacio construido de hierro y de cristal, una exposición de lo mejor que las naciones producen en primeras materias, en máquinas, en todas las industrias y artes, para enseñanza de los atrasados y satisfacción y fomento de los más adelantados; palanca para despertar la emulación y sermón mudo y eficaz en favor de los beneficios de la competencia y del libre cambio de productos materiales y de ideas. Fué esta exposición, en una palabra, un homenaje tributado por el mundo entero á la industria y á su inmensa influencia en la humanidad actual. Otras exposiciones posteriores fueron más brillantes, pero ninguna produjo tan grande efecto como la primera, por la novedad del espectáculo y su entonces nunca vista grandeza. Fué el arco iris, mensajero de paz y de una era nueva de más dicha que las anteriores, en la cual en lugar de armas mortíferas lucharán los pueblos por la preeminencia en el talento y el trabajo con su industria y sus ciencias. Fué una etapa de descanso, porque antes del porvenir dichoso que anunciaba, habían de ocurrir todavía muchas colisiones sangrientas y guerras crueles entre las diferentes naciones.

FIN DE LA ÉPOCA DE LA RESTAURACION Y DE LA REVOLUCION

HISTORIA DEL SEGUNDO IMPERIO FRANCÉS

Y DE LA FUNDACION DEL REINO DE ITALIA

POR EL CATEDRÁTICO

DR. CONSTANTINO BULLE

CAPITULO PRIMERO

INTRODUCCION

La revolución de febrero de 1848, á pesar de la rapidez estupenda con que había triunfado, no había podido comunicar á la nación francesa la fe en la seguridad, duración y solidez de la situación nueva. La población rural y una gran parte de la población acomodada de las ciudades eran contrarias á la república; y esta aversión creció con el aumento súbito de las contribuciones, con la baja extraordinaria de la renta, que llegó hasta la mitad de su valor corriente, y con las tendencias de la política económica, que parecía no querer detenerse ante la propiedad particular. Estas causas y finalmente la decadencia general de la industria aumentaron el temor de que la república, personificada entonces por Lamartine, se inclinara cada vez más hacia la izquierda y llegaría al fin á ponerse al servicio del socialismo. Este temor no se desvaneció aun después que la sangrienta batalla de junio hizo desaparecer el peligro inmediato, porque la nación creía hallarse en un plano inclinado, expuesta á bajar cada vez más si no conseguía subir otra vez la pendiente, es decir, si no lograba introducir en la constitución definitiva garantías conservadoras que preparasen la vuelta de la institución monárquica. Esta tendencia contribuyó justamente á exacerbar cada vez más á los partidarios de la república socialista y hacerlos enemigos encarnizados de la república burguesa. De esta manera la situación fué allanando el camino que conducía al bonapartismo. Los monárquicos, que no podían alimentar la esperanza de elevar desde luego al trono á un Borbon de la rama mayor ó menor, vieron en la subida de un Bonaparte á la silla presidencial, una transición fácil para la realización de sus deseos verdaderos, mientras que los republicanos tuvieron la maliciosa satisfacción de herir á la burguesía republicana eligiendo á un Bonaparte para la presidencia y dando al mismo tiempo un chasco solemne á Cavaignac. Sin embargo, los republicanos se dejaron también engañar por las ideas democráticas y hasta socialistas expuestas por Napoleón durante su prisión de Ham, y hasta se lisonjearon con la esperanza de que se acercarian por medio de este Napoleón á su meta, por supuesto con el

propósito secreto de deshacerse del Bonaparte en la ocasión más oportuna, después de haberse servido de él como ariete para realizar finalmente su ideal político.

La pobre opinión que se tenía en general del príncipe Luis Bonaparte, que de todos los miembros de su familia era el único que entraba en consideración tratándose del restablecimiento de la dinastía napoleónica, facilitó notablemente el propósito de elevarle á la presidencia; porque nadie dudaba que costaría en su día menos trabajo derribar á este aventurero imprudente que elevarle á la cúspide del gobierno de Francia. Las empresas locas de Estrasburgo y de Boulogne calificaban al parecer perfectamente el valor de aquella cabeza, que parecía sin seso, y lo que se oía de su vida y conducta en Inglaterra confirmaba el concepto más pobre de sus aptitudes intelectuales, de su capacidad política y de su fuerza de voluntad. A esto se agregaba el efecto que producía su aspecto personal, que no podía dejar duda á nadie de que el nombre y la fama del gran emperador habían llegado á ser herencia de un individuo insignificante. Su fisonomía, dijo Luis Bamberger en el número del 16 de enero de 1873 de la *Gaceta de Augsburgo* (1), era como la de cualquier libertino; el bigote encerado y reluciente y las profundas arrugas de las mejillas á cada lado de su gran nariz, concentraban la impresión de su aspecto en la parte inferior del rostro, dejando solo en la parte superior la frente tersa falta de toda expresión, de inteligencia y de voluntad. Solo la mirada suave, vaga y corta de sus ojos pequeños y rasgados daba indicios de una individualidad que merecía ser tomada en consideración con cierta reserva; pero al ver pasar cerca del estanque del bosque de Boulogne á aquel individuo de corta estatura, grueso, de cuerpo fofó, de cabeza inclinada hacia adelante y á la derecha, arrastrando penosamente las piernas cortas una tras otra y apoyándose todo él con fuerza en el brazo de una persona de su confianza, ocurría preguntar si estaría destinado por la naturaleza para apoyarse siempre en otros. Fué, no obstante, uno de los mejores y más osados jinetes de su tiempo; montado á caballo, era muy diferente la impresión que producía, y las personas que tuvieron ocasión de tratarle personalmente quedaron siempre pren-

(1) Véase también la orden de prisión del 26 de mayo de 1846.